

La Chiqui Por: Oracal

No es del todo acertado señalar que la Chiqui cuestionaba hasta su propio nombre y no confiaba ni en su sombra. Lo que cuestionaba, en tono rugiente y avasallador, en La Cailera, Faca, Guaduas, Subachoque, Fusa y do quiera la invitaran a urdir tejido social, era el sistema injusto y corrupto que nos gobierna, ideado para beneficiar al 1% de la población del país, someter al 69% y condenar a la miseria absoluta al 30% restante, y la actitud sumisa, complaciente y borreguil con que aceptamos este destino antinatural e inhumano. Asimismo, desconfiaba de fanáticos, fascistas y partidarios de resolver cualquier problema a punta de bala, pero se fiaba de su gente, especialmente de las abuelas sabias que no tenían nada que perder y estaban dispuestas a darlo todo, y de los niños y jóvenes de las escuelas, quienes, gracias a sus maestros, entendieron de una vez y para siempre que violencia de género, racismo, xenofobia, homofobia, intolerancia religiosa y machismo son prejuicios que debemos extirpar si queremos construir una nación pujante, y aprendieron que, como en 1810, la única manera de acabar con exclusión, pobreza, injusticia y otros problemas de este jaez es a través de la lucha. En tal sentido, no se puede vivir tranquilo e indiferente en medio tanta inequidad. Es nuestra obligación seguir el ejemplo de Policarpa y rebelarnos.

Por lo pronto hubo indignación. La primera en muchísimos años. Tantos que habíamos olvidado cómo es aquello de salirse de la fila. Cientos de muchachas de Cundinamarca salieron a las calles de sus pueblos a gritar... *“El patriarcado es un juez que nos juzga por nacer. Y nuestro castigo es la violencia que ya ves. Es feminicidio, impunidad para mi asesino. Es la desaparición. Es la violación. Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía. El violador eras tú”*. A ellas se unieron las abuelas guardianas de páramos y bosques devastados por la minería a gran escala y a cielo abierto, los campesinos arruinados por los tratados de libre comercio, los pequeños y medianos empresarios ahogados por las deudas, los desempleados, los artistas, los humillados, los ofendidos.

A la sazón de este espectáculo imponente, la Chiqui saltaba de gusto, cantaba a su sabor, arengaba, recibía y enviaba mensajes de apoyo, iba de acá para allá convenciendo a maestros, comerciantes, trabajadores de la salud y camioneros que se sumaran a la causa, que no debía ser otra que el llamamiento a un paro cívico nacional el cual no se levantaría hasta que el pueblo, su pueblo, fuera escuchado por el Gobierno y sus derechos constitucionales satisfechos y garantizados debidamente.

Entonces sucedió lo que ha sido de rigor en estas tierras, en lugar de reconocer que

algo estamos haciendo mal si somos uno de los países más desiguales del planeta, buscamos la fiebre en las cobijas y le echamos la culpa de la indignación de la gente de a pie a la Chiqui, a quien calificamos de plano de camorrera y revoltosa. Con ese sambenito colgado a su cuello la profe tenía sus horas contadas. Y la mataron. O mejor, la matamos. Como a Policarpa, a Ana María Cortés, a Emilsen Manyoma, a Yoryanis Bernal y a tantas otras cuyo único delito cierto fue tratar de construir con un país en libertad, generoso y mejor para todos.

Una vez muerta, los homenajes llovieron sobre la Chiqui. A nadie en doscientos años se le rindió mayor admiración. Gran mujer, maestra y lideresa. Un ser humano excepcional, blablablá. Es un hecho. En esta tierra odiamos a las heroínas vivas. Pero después de que las fusilamos o les damos un tiro y las arrojamos a un barranco...

Desde un barranco llegan las palabras de Policarpa repetidas a voz en cuello por nuestra Chiqui... *“¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte, si conocieseis el precio de la libertad! Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más”*.